

LA LEYENDA DE MONTEAGUDO

Inspirada en las Leyendas Árabes del Castillo de Monteagudo recogidas por el periodista PEDRO DÍAZ CASSOU

Han pasado más de 850 años de esta historia de un amor imposible, y aún resuena entre los habitantes más ancianos del lugar sus ecos. Presente cuando alzamos nuestras miradas a la ventana del castillo de Monteagudo, que preside la vega media del valle del Segura, por la que se precipitaron al vacío la princesa Zaida y el cristiano D. Alonso de Guzmán.

Era la época en la que Ibn Mardanis, conocido históricamente como “El Rey Lobo”, descendiente de una prestigiosa familia muladí, fue elegido para suceder a su tío Abeniyad en el gobierno de la ciudad de Valencia, capital entonces de un territorio que iba desde Tortosa hasta Almería. Tras tomar Almería, los almohades amenazaron el territorio del rey Lobo; su reacción fue comprar la colaboración militar de los reinos de Aragón y Castilla, y de la República de Génova. También enroló en su ejército a caballeros mercenarios, procedentes de buena parte de Europa. Formó un poderoso ejército mixto en el que los más intrépidos caballeros cristianos eran su vanguardia y de entre ellos destacaba uno, el D. Alonso de Guzmán, conocido como “El Aragonés”, hombre de confianza de Mardanis y Alcaide del Castillo de Monteagudo

Ibn Mardanis en lugar de edificar mezquitas se dedicó a edificar palacios y jardines de los que destacan los castillos de Larache y Monteagudo, mejores murallas para Murcia y la extensión de los regadíos.

En una de las numerosas visitas a Monteagudo que realiza la sobrina del Rey Lobo, de educación exquisita, culta, inteligente y unida a todo esto de una belleza increíble, el Alcaide cristiano queda prendado de la joven doncella cuando jugueteaba con otras damas de compañía por los impresionantes jardines del Castellar. La doncella en cuestión era la princesa Zaida. Ella, estaba comprometida por pactos políticos al hermano del rey nazarí de Granada, tutelado de Mardanis para instruirle en las artes de la guerra, arquitectura y política. La dote que Zaida aportaba a su posible matrimonio con el granadino es de una gran importancia, pues incluía la entrega de grandes y poderosas plazas militares junto unos documentos de gran valía y afecto para Mardanis, los planos de su residencia favorita, el Castellar de Monteagudo de forma rectangular presidido por un gran patio en el centro que se asemejaba bastante al romano con numerosas columnas de mármol blanco recordando un bosque de palmeras del que se quedó prendado el rey del reino de Granada por su magnificencia y jardines

Asociación MONTEAGUDO Frontera REINOS

siendo este palacio reflejo de la construcción que hoy en día conocemos como Palacio de los Leones de la Alhambra de Granada.

D. Alonso de Guzmán, amigo del joven nazarí prometido con la princesa, y Zaida desafiaron a los convencionalismos y tradiciones de la época para vivir su historia de amor clandestina bajo las ramas de un viejo olivo que delimitaba los jardines del Castellar. La noche en la que ambos iban a huir a Aragón para permanecer unidos para siempre, una de las damas de compañía de la princesa revela este propósito al prometido de la princesa haciéndola éste encarcelar en secreto en una de las celdas del castillo de Monteagudo. El caballero cristiano, cuando acude al encuentro de su amada donde se habían dado cita, bajo las ramas del viejo olivo, es traicionado, apresado y posteriormente conducido al castillo de Monteagudo, del que era Alcaide, a una celda contigua donde estaba presa Zaida.

El Granadino, cegado por los celos y sed de venganza, acude al castillo a reponer su honor con quien le había traicionado su amistad retando a un duelo al cristiano en presencia de quien era su prometida. Aragonés y nazarí se enzarzan en una feroz lucha en lo alto de la fortaleza en la que en un movimiento de improviso el granadino lanza al vacío desde la ventana del castillo de Monteagudo al Alcaide del mismo. Ella, en un arrebato de desesperación y locura, con el corazón roto, sigue a su amado por el precipicio lanzándose desde aquella ventana para no ser entregada al nazarí y no compartir jamás su amor con nadie, cayendo ambos cuerpos a la profunda sima del castillo.

Aquella noche, se mandó talar de raíz el viejo olivo que delimitaba los jardines del Castellar para que no existiera testigo y nadie supiera de la existencia del amor clandestino entre Zaida y el Alcaide del castillo.

Esta historia de amor, corrió como la pólvora entre los reinos cristianos y cuando Monteagudo paso a manos cristianas, en el lugar donde se hallaba el viejo olivo testigo de aquel amor prohibido pero verdadero, se erigió una cruz que perdura en Monteagudo hasta nuestros días.

Aún hoy, los enamorados se acercan hasta la cruz del collado de Monteagudo a depositar una vela y pedir por el amor verdadero en recuerdo de la princesa Zaida y el alcaide del castillo de Monteagudo.